

Ahora hace un año

por SHANTI DE OARSO

Seguro que lo que voy a decir encaja perfectamente en ese inmenso capítulo —amplia y amontonada banalidad— de las cosas que se dicen «por no callar», o en el paréntesis cotidiano del «hablar por hablar». No obstante, también puede parecer cosa baladí el bostezo y, sin embargo, ¡qué bien queda uno después de bostezar ancha y despaciosamente!...

La culpa de todo, naturalmente, la tiene mi entrañable amigo Antón Sáinz, esa especie de pararrayos viviente que tenemos los renterianos, al que van a parar todas aquellas cosas de fuste que nadie quiere hacerlas. Mi amigo se afana este año en meter el hombro en la Revista y, con claras y aviesas intenciones de cazador furtivo, anda por ahí, retrepado en cualquier matorral, pegando tiros por doquier, a la caza de ingenuos que le escriban unas cuartillas. En honor a la verdad, he de decir que conmigo marró el disparo varias veces, pero al final —Antón es muy inteligente— me prometió algo tan extraordinario y personal —aquí no lo puedo decir— que no supe negarle mi colaboración. Digo esto con claras reservas mentales, porque si al final hay jaleo, sepan todos que la responsabilidad es de él, y solamente de él. Yo no hago más que escribir.

Para lo que voy a narrar es necesario que primero hable de mí mismo, al menos de cierta faceta de mi personalidad, por lo cual pido mil perdones a todos, pero con el encarecido ruego de que no se tome eso por estúpido narcisismo, y mucho menos por algo que podríamos calificar de «egolatría bilbaina»... Dicho lo cual, y como soy de los que creen que todas las cosas tienen su *por qué*, vayamos al asunto.

Lamento de verdad carecer de un sentido musical medianamente desarrollado, por lo cual admiro reverencialmente a mis amigos músicos, esos entes dichosos que saben llegar al éxtasis cuando se sienten arrullados con las obras de los grandes maestros. Todo esto es cierto. Pero también es gran verdad que Dios me obsequió con un par de orejas a las que llegan, para mí terrible desgracia, todo el cúmulo de ondas sonoras, sin distinción de origen, tono, calibre y extensión, que pululan incansables, feroces, masoquistas, por el enervado ámbito urbano. Los motores de explosión, las sierras mecánicas, los taladros y, sobre todo, esos gigantescos camiones cuyas bocinas parecen anunciar un maremoto, al ponerme siempre la carne de gallina han hecho de mí un hombre cohibido y a la defensiva, que pide a Dios todos los días dé al mundo otro genio wagneriano que, domando y encauzando la vorágine, convierta en la música del futuro semejante barahunda inaguantable. Y conste que soy de los que se ciscan en el Arte *abstracto*...

Pues bien, a pesar de todo, y desde pequeño, he sentido siempre cierto regusto y definida inclinación por la trompeta. Sí, sí, por la trompeta y el cornetín. Más de una vez he seguido con la máxima atención el dúo que lleva la trompeta en los «mariachis» mejicanos, y no digamos nada de los gorgoritos inverosímiles, inacabables, del negro Armstrong, ni de las notas agudas, secas y limpias, de los «turutas» en los desfiles militares... A mí la corneta me gustaba, cierto. Pero eso fue hasta ahora hace un año, nada más. Y he aquí el por qué de las cosas, que indicábamos anteriormente.

La noche, hay que decirlo, fue espesa de verdad. Era una noche de esas que le hacen a uno bracear como si nadara en una piscina de aceite. El ruido callejero —para eso estábamos en fiestas— había llegado a la enésima potencia. Entablar diálogo con Morfeo era vana ilusión. Había que chincharse. Pero como uno no es egoísta, abrió un largo crédito

a esos espécimen del *Gamberrynus vulgaris*, en su variedad urbana, que a base de tóxicos baratos y después de jorobar a todo el vecindario, creen al día siguiente que han corrido una bacanal... Y mientras braceaba entre sábanas, me puse a llamar al sueño por toda clase de procedimientos conocidos, y por otros todavía inéditos, de mi cosecha particular. Algo debí conseguir después de mucho tiempo, porque creo que perdí contacto con el exterior. Más bien creo que pisé los umbrales de lo onírico. Y, de pronto, un descomunal cornetazo al borde de mi ventana me puso en vilo sobre el colchón. Mentalmente debía estar yo muy lejos, porque recuerdo que exclamé: «¡Waterloo! ¡Ahora empieza Napoleón!...» Pero un segundo cornetazo, dislocado, desgarrador, me trajo a la realidad. No. No era una pesadilla. Llegó el tercer clarinazo, horrísono, y me dije: «¡Qué Napoleón ni qué calabazas! ¡Si el Emperador hubiera tenido cuatro «turutas» como ese de abajo, las batallas las habría ganado sin tiros! ¡Sólo con el susto! ¡Caray, qué bárbaro!...»

Y aquello que pudo ser uno de tantos episodios endemoniados de las noches en fiestas, se convirtió desde entonces en algo inaudito. Como una marea equinoccial, potente de flujos y reflujos, la corneta hiriente y desgarrada se adueñó de medio pueblo. Tan pronto hacía rechinar los dientes como erizaba el pelo. Y el desvelo, potencia antagonista del sueño, comenzó a inundar los hogares sin distinción de clases, naturalmente.

Salía gente a los balcones, se oían denuestos e imprecaciones, pero nada; la corneta horrisona, soliviantada por aquellos pulmones monstruosos, lo barría todo, mordiendo con ahínco en la atmósfera húmeda y sofocante de las alcobas. De vez en vez, y como absurda competencia, se oía el golpe seco que otro angelito juguetero producía al golpear con un martillo en un caldero vacío. Pero, nada... Los cornetazos parecían tener un origen cósmico. Allí no había nada que hacer. En tales casos, tanto da ser náufrago en mitad del Atlántico, como insomne en semejantes circunstancias. Ya no queda más que templar los nervios y dejarse llevar por las olas...

Como me ocurre siempre, llegué con suma facilidad a ese estado típico —de coloide diría yo— en que las cosas se tras-



truecan malamente. Es decir, el cerebro entra en rara eferescencia, las ideas se extravasan y comienzan a rezumar las extrañas mixturas... Ya no sabe uno si aquello es divino o humano; si lo que uno piensa y siente es cosa real o producto del desvarío; o si el cuarto donde uno se siente perecer es una campana extraordinaria, donde la corneta golpea como fabuloso badajo. Y surgen, siempre, los conceptos anti-téticos.

Pensé si aquella corneta tendría algo que ver con Beethoven, ¿por qué?... Pensé en lo bien que se podría vivir en los vacíos siderales, junto al silencio aterciopelado de las estrellas, ¿por qué?... Pensé en esas tan traídas y llevadas «minorías selectas», ¿por qué?... Pensé en las trompetas del Juicio Final, ¿por qué?... Pensé que si el tío de la corneta soplabla por un tubo hundido en el suelo, a los diez minutos brotaba petróleo en Larzábal, ¿por qué?...

La corneta del frenesí continuó, impertérrita, horas y horas. ¿Cómo un ser humano podía disponer de unos pulmones así? Aquello fue fabuloso.

Recordé cierta lectura de hacía unos años. Era un libro sobre temas de Genética. El autor, eminente biólogo anglosajón, con esa contumacia en soslayar la pura y simple verdad y querer buscarle tres pies al gato, se decidía a definir la Vida. Y desde la cumbre de su sapiencia, decía: «Vida no es más que la adaptación al medio.» Y el buen hombre se quedaba tan tranquilo. ¿Por qué pensé en él?... ¿Adaptación al medio?... ¡Si en el medio había una cornetita como la de la calle!...

Afortunadamente, aquellas horas inquietantes, de sucio discurrir, llegaron a su final como todo lo del mundo. Llegó ese instante misterioso en que ciertos insectos de cocina, de negro y brillante caparazón y patitas cortas, inician la retirada de su asqueroso vagabundeo. Era que la leve, pero caliente luz de la mañana, comenzaba a invadir las alcobas. La corneta enmudeció. No fue milagro, no. Es que no sabemos nada de las leyes que regulan el por qué de muchas cosas. ¿Qué relación misteriosa podía haber entre el tío de la corneta y ciertos ortópteros?... No lo sé, ni me importa. El caso es que se dio así.

Después de más de cuatro horas con los nervios rotos a fuerza de cornetazos, el silencio repentino poseía un gran contenido. Era una sensación extraña, pero a la que se adapta uno con exaltada fruición. Era como recostarse a la orilla de un terso lago de aguas y cielos grises, mecido por reconfortante brisa de fronda. Era algo inconsútil, mágico...

Al mediodía siguiente me lancé a la calle. Si encontraba un ciudadano con los labios así de hinchados, como si hubiera comido dos kilos de *lampernas*, ése tenía que ser mi hombre. Aun cuando recorrí el pueblo en todas direcciones, mi rebuasca fue inútil. Ni lo vi ni me dieron razón de él. Aquel fenómeno debía haber cambiado de continente. Seguro que estaba en Norteamérica, ganando dólares a pala.

Las gentes deambulaban torvas y como resentidas; tenían el ceño fruncido, los ojos irritados, las fauces reseca... La corneta había hecho estragos.

Y de pronto, en una esquina de la calle Viteri me di de manos a boca con quien menos deseaba. Era el fulano ese que en la Alameda, cual mariposa mareada, va de un grupo a otro, incansable, a colocar el rollo sempiterno. Las gentes, que le conocen, le dan con el codo, pero él vuelve imperturbable. Es ese rubito de cabeza disforme, estiradito él, intelectualoide, siempre con un libro debajo del brazo y una narizota que le sienta como un añadido; finito él, bobito él... Se interesa por los problemas sociales y presume de ideas «progresistas». Lo que le derrite de gusto es hablar de la Libertad. Bajo el punto de vista químico se le podría clasificar, sin riesgo, como isótopo del plomo, por lo cargante y pelmazo irreversible que es.

La verdad es que no pude soslayarlo y él, agarrándome suavemente de una manga, me espetó, lleno de regocijo:

—¿Ha oído usted la corneta?... ¡Vaya tío genial! ¡Ha estado fenómeno!...

Le quise fulminar con una mirada, pero no lo conseguí. Hay muchas cosas difíciles en la vida, y una es ésa.

—¡Lo que me he divertido! —continuó el currutaco—. La juventud, ahora, viene pegando. ¿No le parece a usted?...

—Mire —le repliqué—. Yo no coincido con usted en nada, como no sea en que vivimos en el mismo pueblo, ¿sabe?... Si es capaz de tener un adarme de sentido común en la cabeza —sitio ya tiene, desde luego— comprenderá que no es justo que se ataque a la pródiga Comisión de Festejos con numeritos fuera de programa. Creo sinceramente que no hay derecho a que una docena de despreocupados, por llamarlos de alguna manera, so capa de estar en fiestas, se lancen de noche a incordiar a las gentes obligando a medio pueblo a pasarlo en acongojante vela.

—¡Ya me lo esperaba yo! —exclamó el fulano, lleno de hinchada satisfacción—. Lo que pasa es que usted, chapado a la antigua, no está a la altura de las circunstancias...

—Yo estoy a la altura que me da la gana —le contesté con evidente asquito—. Si esos individuos se divierten así, lo mejor sería que nuestra autoridad competente, con el afán de llegar a todos los deseos, arbitrara la forma de llevarlos a un herbal, a tres o cuatro kilómetros del pueblo, para que allá, ellos solos, hicieran zoología práctica a su gusto. Porque tengo la sospecha de que esos «jóvenes» si se divierten así es porque saben de sobra que con ello molestan a los demás. Y esto, precisamente, es lo que hay que evitar.

El currutaco, con sus ojitos saltones e inexpresivos, de pájaro disecado, me miraba con conmiseración. Aflautó más su vocecita de feto prodigio y me dijo, con gran énfasis de superioridad:

—¡Usted es un retrógrado!... Usted no sabe que la libertad es la libertad, que la juventud es la juventud, que las fiestas son las fiestas, que un día es un día, que...

No le dejé terminar. Le agarré por las solapas de su terno nuevecito y le escupí encima de su narizota descomunal llena de pecas:

—¡Y mi tía es mi tía! ¡Porque si mi tía no fuese mi tía, sería una bicicleta!... ¡Usted, amigo, no pertenece al orden de los primates! ¡Usted no es más que un proboscidio vulgar!

Y mirándole insistentemente a la nariz, continué:

—De todas formas, cuando llegue a cretino total, avise, porque me parece que le falta poco...

Le di la espalda, irritado. Cuando me volví a él, lo encontré sofocado y meciéndose sobre las puntitas de los pies. La gente, que lo conocía bien, se reía al verle. Parecía aturdido; quería replicarme algo, pero no lo conseguía. Con mi mayor desprecio, y puesto que no encontraba resuello, le dije:

—A pesar de todo, a usted le faltan bigotes y pulmones para ser el de la corneta, con que... a calentar el biberoncito y a tumbarse a la fresca...

Y eché a andar, camino de la Alameda.

¡Luego dicen que Alvaro de Laiglesia no tiene gracia!...

Uno, que se encuentra ya a prudencial distancia de la juventud, acaso no conozca la juventud de ahora. Uno es lo suficientemente cándido para creer y pensar en otras cosas. Uno, generalmente, por las noches suele tener sueño. Uno ha pensado siempre que en eso de la Libertad —con mayúscula— se encierran algunas paradojas. Pero de lo que sí está seguro uno es, que en la antología de las noches estúpidas, ésta de ahora hace un año quedará escrita en página de oro.

En realidad, uno no debe —en conciencia— contribuir a que cierto convecino llegue a ser un imbécil distinguido, de talla internacional...

Uno más bien cree que la Vida —también con mayúscula— en vez de ser una adaptación al medio, es un relicario de grandes o pequeñas claudicaciones, desde Empédocles y Anaságoras, en la viejísima Grecia, hasta Boris Pasternak, recientemente fallecido.

Y ahora, mi querido amigo Antón, una pregunta inocente: ¿Sabes tú si este año nos aplicarán algún nuevo *electroshock*?...

Todas las cosas tienen su *por qué*.